

zas, con personajes del campo y del vulgo. Los actores imitan el modo de vestir, el acento y los modales de esa clase de gente de una manera admirable. Las comedias se hallan todas impresas, y son leídas con avidez hasta por la gente del pueblo. Los nombres de los escritores son muy populares, y la literatura dramática sigue siendo, como antes, la más conocida y la más rica. Tienen también los españoles mucha afición á la *zarzuela*, que por lo comun se representa en el teatro que lleva su nombre. Viene á ser una composición intermedia entre la comedia y el melodrama, entre la ópera y el *vaudeville*, con una agradable alternativa de prosa y verso, de recitado y de canto, de serio y bufo, composición esencialmente española y muy entretenida. En otros teatros se representan comedias políticas, mixtas de canto y prosa, del género de las revistas de Scalvini; farsas satíricas con argumentos del día; una especie de *autos sacramentales*, con escenas de la Pasion de Jesucristo, en la Semana-Santa; y por último, danzas, bailes y pantomimas de todo género. En los teatros pequeños se dan cada noche tres ó cuatro representaciones, que duran una hora cada una, y los espectadores se renuevan en cada representación. En el teatro de *Capellanes*, ya famoso, se baila todas las noches un *cancan* escandaloso y obsceno sobre toda ponderacion, y allá acuden los jóvenes, las mujeres de vida airada, los viejos libertinos de arrugada nariz, armados de lentes, antiparras, gemelos y cuantos instrumentos ópticos sean buenos para aproximar las formas que se muestran en el palco escénico. A la salida de los

teatros se encuentran llenos todos los cafés, iluminada la ciudad y las calles rebosando carruajes como á la caída de la tarde. La verdad es que en un país extraño, cuando uno sale del teatro, se encuentra un poco de mal humor: ¡se han visto tantas hermosas criaturas y ninguna se dignó mirar al infeliz extranjero!... Pero un italiano en Madrid tiene un consuelo. Se cantan casi siempre óperas italianas y se cantan en italiano; así es que al volver á casa oís tararear con palabras de vuestra propia lengua las arias que os son más familiares desde la infancia: y por aquí oís un *palpito*, por allí un *fiero genitor*, una *tremenda vendetta* más lejos: y aquellas palabras os producen el mismo efecto que saludos de gente amiga. ¡Pero antes de llegar á casa cuántos escollos debéis evi tar! Allí se da la palma á París, y no dudo que la merece; pero no le va Madrid en zaga: ¡qué atrevimiento, y qué palabras de fuego, y qué provocaciones imperiosas!... Por último, llegais ante la puerta de vuestra casa: pero no teneis la llave:

—No se apure por tan poco,—os dice el primer transeunte que encontrais;—¿ve Vd. á lo último de la calle aquella linterna? Pues el hombre que la lleva es el *sereno* y los *serenos* tienen las llaves de todas las casas.

Entonces gritais con voz muy fuerte:—“¡Serenos!” —y la linterna se aproxima y un hombre con un mazo de llaves entre las manos, os dirige una mirada investigadora, os abre la puerta, os alumbrá hasta el primer piso y os da las buenas noches. Y así todas las noches, por una peseta al mes, quedais libre de la

incomodidad de llevar en el bolsillo la llave de vuestra casa. El *sereno* es un empleado del Ayuntamiento, el cual nombra uno por calle; cada sereno usa un pito, y si hay fuego en casa, ó ladrones, no se necesita más que salir al balcon y gritar:—¡Sereno! ¡Socorro!—El sereno que está en la calle hace sonar el pito, y á los pocos minutos todos los serenitos del barrio corren en nuestra ayuda. A cualquiera hora de la noche en que uno despierte, se oye la voz del sereno que la anuncia, añadiendo si hace buen tiempo, si llueve, ó si está nublado, en muchas ciudades.... ¡Cuántas cosas sabe y cuántas calla ese nocturno centinela! ¡Cuántas despedidas amorosas escucha! ¡Cuántas cartas ve caer de las ventanas! ¡Y cuántas llaves saltar sobre el empedrado! ¡Cuántas manos hacer señas misteriosas! ¡Cuántos amantes embozados hasta los ojos penetrar en los oscuros portales! ¡Y las iluminadas ventanas oscurecerse por un momento! ¡Y los negros fantasmas disiparse, á lo largo de las paredes al primer resplandor del alba!...

Pero ahora advierto que solo he hablado de teatros, cuando en Madrid hay conciertos casi todos los días; conciertos en los teatros, conciertos en las salas académicas, conciertos en las calles, y á más una turba de músicos ambulantes que os dan jaqueca á todas horas. Y despues de todo esto, justo es preguntar, cómo un pueblo tan pagado de la música, que le es tan necesaria, casi me atrevo á decir, como el aire que respira, no ha dado al arte musical algun gran maestro. ¡A los españoles les mortifica esta idea de una manera horrible!... Sería necesario emborronar

mucho papel para describir los grandes barrios de Madrid, las puertas, los paseos fuera de la villa, las plazas y calles históricas; y el que no quisiera olvidar nada, no podría dejarse en el tintero los espléndidos cafés, el *Imperial*, en la Puerta del Sol; *Fornos*, en la calle de Alcalá, dos hermostsimas salas, en las cuales, quitadas las mesas, podrían hacer el ejercicio dos escuadrones de caballería, y otros muchos, innumerables, que se encuentran á cada paso, y en los cuales bailarían cómodamente más de cien parejas; las tiendas espaciosas que ocupan toda la planta baja de los edificios, entre los cuales cabe citar en primer término los almacenes de cigarros habanos, sitios de cita, llenos de cigarros pequenísimos, grandes, enormes, redondos, puntiagudos, arqueados, culebrinas, de todas formas, de todos sabores y de todos precios, para contentar la más loca fantasía de los fumadores y embriagar á la más populosa ciudad; los espaciosos mercados, cuarteles, palacio Real, en el cual podrían esconderse el Quirinal y el Pitti, sin temor de ser encontrados; la gran calle de Atocha, que atraviesa la ciudad, el inmenso jardín del *Buen Retiro*, con su gran estanque, sus colinas con hermosos kioskos y sus mil aves... Pero lo que merece especial atencion son los museos de armas, de pinturas y naval, á cada uno de los cuales se podría dedicar un volumen.

La Armería de Madrid es una de las más bellas del mundo. Al entrar en la vastísima sala os da un vuelco el corazon y os quedais inmóviles. Un ejército entero de caballeros cubiertos de hierro de piés á cabeza, la mano en la empuñadura de la espada y

lanza en ristre se arroja á vuestro encuentro, como legion de espectros. Es un ejército de emperadores, de reyes, de duques, encerrados en las más espléndidas armaduras que hayan salido nunca de mano del hombre, sobre las cuales diez y ocho grandes ventanales arrojan un torrente de luz que al quebrarse en el bruñido acero, produce mil chispas, rayos y reflejos deslumbradores. Las paredes están cubiertas de corazas, yelmos, arcos, fusiles, espadas, alabardas, lanzas de torneo, mosquetes enormes, picas gigantescas que llegan hasta el techo; y de los arcos cuelgan banderas de todos los ejércitos del mundo, trofeos de Lepanto, de San Quintín, de la guerra de la Independencia, de África, de Cuba, de Méjico; en todas partes inmensa profusion de enseñas gloriosas, de armas ilustres, de maravillosos trabajos de arte, de efigies, emblemas y nombres inmortales. No sabe la admiracion por dónde empezar á despertarse; por de pronto se corre de un lado al otro, mirándolo todo y no viendo nada, y uno se cansa antes de haber principiado. En la mitad de la sala se encuentran las armaduras ecuestres; caballos y caballeros dispuestos en fila, tres á tres, dos á dos, colocados en una misma direccion como escuadron en columna; y se distingue á primera vista, entre las otras, las armaduras de Felipe II, de Carlos V, de Manuel Filiberto, de Cristóbal Colon. Aquí y allí, sobre pedestales, cascos, morriones, yelmos, rodela pertenecientes á los reyes de Aragon, Castilla y Navarra, con magníficas incrustaciones de plata que representan batallas, escenas mitológicas, figuras simbólicas, trofeos y dibujos, algunos de ines-

timable valor, por ser obra de los más insignes artistas de Europa; otros de forma extraña, sobrecargados de adornos, con cimera, viseras y penachos colosales. Tambien se ven pequeños cascos y diminutas corazas de infantes reales, como espadas y escudos, regalos de papas y reyes. Entre las armaduras ecuestres se ven estatuas con fantásticas vestiduras americanas, africanas y chinas; adornadas de plumas y cascabeles, con su arco y su carcax; espantosas máscaras guerreras, y trajes de mandarines, de tisú de oro y seda. A lo largo de las paredes otras muchas armaduras; la del marqués de Pescara, la del poeta Garcilaso de la Vega, la del marqués de Santa Cruz, la gigantesca de Juan Federico, "el Magnánimo," duque de Sajonia, y entre unas y otras, banderas árabes, persas, moriscas, hechas casi girones. Y en las vitrinas, rica coleccion de espadas. Al averiguar los nombres de los que las usaron, se siente uno estremecer: la espada del príncipe de Condé, la de Isabel "la Católica," la de Felipe II, la de Hernán-Cortés, la del conde-duque de Olivares, la de D. Juan de Austria, la de Gonzalo de Córdoba, la de Pizarro, la del Cid, y un poco más allá, el casco del rey Boabdil de Granada, la rodela de Francisco I, la silla de campaña de Carlos V. A un lado de la sala se ven los trofeos de los ejércitos otomanos, pequeños cascos cubiertos de pedrería, espuelas, dorados estribos, collares de esclavos, puñales, cimitarras con vainas de terciopelo, adornadas de oro y perlas; los despojos de Alí-Bajá, muerto sobre la galera capitana en la batalla de Lepanto, con su túnica de brocado de oro y plata, su

cinturon y su broquel; los despojos del hijo de aquel y las banderas que ondeaban en las galeras. En un ángulo de la misma pieza coronas votivas, cruces y collares de los príncipes godos. En otro departamento, los objetos tomados á los indios de Mariveles, á los moros de Cagayan y Mindanao, y á los salvajes de las más remotas islas de la Oceanía. Collares de conchas, pipas, ídolos de madera, flautas de caña, adornos hechos con patas de insectos, abrigos de hojas de palmera, hojas escritas que servían de salvoconducto, flechas envenenadas, hachas de verdugo. Y por todas partes donde se mire, sillas reales, cotas de malla, culebrinas, tambores históricos, tabalíes, inscripciones, recuerdos é imágenes de todas las edades y de todos los países, desde la derrota de los godos hasta la batalla de Tetuan, desde Méjico á la China: un emporio de tesoros y de obras, de los cuales uno se aleja aturdido y confuso, para volver despues en sí, como de un sueño, con la memoria fatigada y perpleja.

Si algun día un gran poeta italiano quiere cantar el descubrimiento del Nuevo Mundo, en ningun sitio podrá buscar más potente inspiracion que en el Museo Naval de Madrid, porque en lugar alguno se siente más profundamente el áura vírgen de la América salvaje y la presencia misteriosa de Colon. Hay una sala llamada "Gabinete de los descubridores": el poeta, al entrar, si tiene realmente alma de poeta, se ha de quitar el sombrero con veneracion. En cualquier punto de la sala donde se fijen los ojos, se ve una imágen que hace palpar el pecho.

Allí no se encuentra uno en Europa, ni en este siglo: se encuentra en la América del siglo xv, se respira aquel aire, se ven aquellos lugares, se vive aquella vida.—En el centro hay otro trofeo de armas tomadas á los indígenas de la tierra descubierta: escudos revestidos con pieles de fieras, dardos de caña con la punta emponzoñada, sables de madera dentro de vainas de mimbre, con las empuñaduras adornadas de crines y cabellos cayendo en grandes guedejas; mazas, hachas, grandes espadas dentadas á modo de sierra, cetros informes y el careax de un gigante, el vestido de piel de mono, y dagas de reyes y verdugos; las armas de los salvajes de Cuba, de Méjico, de Nueva Caledonia, de la Carolina, de las más remotas islas del Pacífico, negras, extrañas, horribles, que dejan en la fantasía visiones confusas de luchas terribles en la oscuridad misteriosa de los bosques vírgenes, entre los inextricables laberintos de árboles desconocidos. Y en torno de esos despojos de un mundo salvaje, la imágen y la memoria de los vencedores: aquí el retrato de Colon, allá el de Pizarro, más léjos el de Hernan Cortés: en una parte el mapa de América trazado por Juan de la Cosa, en el segundo viaje del Genovés, sobre una ancha tela llena de figuras, de colores, de signos, que debían servir para dirigir las expediciones al interior de aquellas tierras; junto al mapa un pedazo del árbol bajo el cual descansó el conquistador de Méjico en la famosa *noche triste*, despues de haberse abierto paso á través del formidable ejército que le esperaba en el valle de Otumba; un vaso hecho con madera del árbol junto

al cual murió el célebre capitán Cook; imitaciones de barcos, piraguas y almadías que usaban los salvajes; una corona de retratos de navegantes ilustres; y en la parte del centro, un gran cuadro que representa las tres naves de Cristóbal Colón, la *Niña*, la *Pinta* y la *Santa María*, en el momento en que descubren la tierra americana, y todos los marineros, de pie sobre la popa, saludan al Nuevo Mundo y dan gracias á Dios. ¡No hay palabras que expresen la sensación que se experimenta á la vista de aquel espectáculo, ni lágrima que equivalga á la que os tiembla entonces en los ojos, ni alma humana que en aquel momento no se sienta más grande!—Las demás salas, que son diez, se hallan, como la anterior, llenas de objetos preciosos. En la contigua al Gabinete de los descubridores se hallan recogidos los recuerdos del combate de Trafalgar: el cuadro de la Santísima Trinidad, que se hallaba en el camarote de popa de la *Real Trinidad*, y que fué sacado por los ingleses pocos minutos antes de que el buque se hundiera; el sombrero y espada de Gravina, almirante de la flota española, que murió en aquella jornada; un modelo grande y completo de la nave *Santa Ana*, una de las pocas que se salvaron de la batalla; banderas, retratos de almirantes y cuadros representando episodios de aquella lucha terrible. Y junto á los recuerdos de Trafalgar, otros muchos que no hablan al alma ménos poderosamente, como un cáliz hecho de la madera del árbol llamado *Ceiba*, á cuya sombra se celebró la primera misa en la Habana el día 19 de Marzo de 1519; el bastón del capitán Cook; ídolos salvajes, buriles de

pedra con los cuales los indios esculpían sus ídolos antes del descubrimiento de la isla.—Y después de ésta, otra gran sala, en la cual uno se encuentra entre una flota de galeras, carabelas, faluchos, bergantines, corbetas, fragatas, naves de todos los mares y de todos los siglos, armadas, aparejadas, aprovisionadas, tal que no parece sino que esperan que se levante el viento para levar anclas y lanzarse por esos mundos, á través de los mares....

En las demás salas, un tropel de máquinas, aparatos y armas navales; cuadros representando todas las empresas marítimas del pueblo español: retratos de navegantes, marinos, almirantes; trofeos de Asia, América, África, Oceanía, juntos y amontonados, de tal modo, que se han de mirar corriendo, porque no quedaría tiempo de verlos todos antes de la noche. Al salir del Museo Naval se le figura á uno que regresa de un viaje alrededor del globo: ¡tanto se ha visto en aquellas pocas horas!—También existen en Madrid un gran Museo de artillería, un hermoso Museo arqueológico, otro de Historia Natural y otras mil cosas dignas de ser vistas, pero cuya descripción es necesario pasar por alto para poder hablar del maravilloso Museo de pintura. El día en que se entra por la vez primera en un museo como el de Madrid, constituye una fecha histórica en la vida del hombre. Es un acontecimiento importante, como el matrimonio, el nacimiento de un hijo, la toma de posesión de una herencia; y sus efectos se experimentan hasta la muerte; porque museos como los de Madrid, Florencia y Roma, son un mundo. Un día pasado entre aquellas

paredes, es un año de vida, pero de vida agitada por todas las pasiones de la existencia real: el amor, la religión, el delirio por la patria, la ardiente sed de gloria; un año de vida por lo que se goza, por lo que se aprende, por lo que se piensa, por los recuerdos que se cosechan para el porvenir: un año de vida equivalente á muchos, durante los cuales se hayan leído mil volúmenes, experimentado mil sensaciones diversas, corrido mil aventuras... Tales ideas se agitaban en mi mente, cuando con rápido paso me dirigía al Museo de pintura, situado á la izquierda del Prado, viniendo de la calle de Alcalá. Era tanto el placer que sentía, que al llegar á la puerta me detuve y me dije:—¡Vamos á cuentas! ¿Qué has hecho en tu vida para merecer el honor de penetrar en este recinto? ¡Nada! Pues bien; el día en que te suceda una desgracia, inclina la cabeza y considera saldada la partida.”—Entré, y sin advertirlo me quité el sombrero; el corazón me palpitaba precipitadamente y un ligero temblor agitaba todos mis miembros. En la primera sala sólo hay algunos cuadros de Lucas Jordan: seguí adelante. En la segunda *empecé á no ser yo*, y en vez de detenerme á mirar cuadro por cuadro, di la vuelta al Museo casi corriendo. En la segunda sala se encuentran los lienzos de Goya, el último de los grandes pintores españoles; en la tercera, grande como una plaza, las obras de los primeros maestros. Al entrar, á un lado la *Virgen de Murillo*, en otro *Los Santos*, de Ribera; un poco más lejos retratos de Velazquez; en el centro, cuadros de Rafael, de Miguel Angel, de Andrés del Sarto; en el

fondo Ticiano, Tintoretto, Pablo Veronés, Correggio, Dominichino, Guido Reni. Volved atrás, y en una gran sala de la derecha, en el fondo, más cuadros de Rafael, á ambos lados Velazquez, Ticiano, Ribera; cerca de la puerta Rubens, Van Dyck, Fray Angélico, Murillo. En otro salón la escuela francesa: Pousino, Duguet, Lorena; en otras dos grandísimas, las paredes se hallan cubiertas de lienzos de Breughel, Teniers, Jordaens, Rubens, Dürero, Schoen, Mengs, Rembrandt, Bosch; en otras tres no ménos grandes, cuadros en profusión de Juan de Juanes, Carvajal, Herrera, Lucas Jordan, Carducci, Salvador Rosa, Menendez, Cano, Ribera. Durante una hora se anda de un lado á otro sin haber visto nada, porque en aquella batalla interna que nos agita, las obras maestras luchan disputándose vuestra atención. *La Concepción*, de Murillo, cubre de un torrente de luz el *Martirio de San Bartolomé*, de Ribera; el *San Jaime*, de Ribera, ofusca el *San Estéban*, de Juanes; el *Pasmo de Sicilia*, de Rafael, hace que queden ofuscados los cuadros que le rodean; los *Borrachos*, de Velazquez, lanzan sobre las caras de los príncipes y santos que están á su alrededor un rayo de báquica alegría; Rubens aterra á Van Dyck; Pablo Veronés sobrepuja á Tiépolo; Goya aplasta á Madrazo. Los vencidos se vengan en sus inferiores y triunfan á su vez de sus vencedores mismos. Aquél es un concurso de milagros artísticos, en el cual nuestra alma vacila como llama agitada por mil corrientes de aire, y el corazón se hincha de orgullo considerando el poder del genio humano.

Cuando ha pasado el primer entusiasmo, entonces es cuando se empieza á admirar. Ante aquel ejército de artistas, cada uno de los cuales merece un volúmen, me fijé en los españoles, y de entre ellos, en los cuatro que me movieron á más profunda admiración y cuyas telas me han dejado recuerdo más claro y determinado. El más moderno, Goya, nacido á mitad del siglo pasado, es el pintor más genuinamente español, el pintor de los toreros, de la gente del pueblo, de los contrabandistas, de las brujas, de los ladrones, de la guerra de la Independencia, de aquella antigua sociedad española que iba desapareciendo ante sus ojos. Goya era altivo aragonés, apasionado por las corridas de toros, tanto, que hallándose en Burdeos durante los últimos años de su vida, iba á Madrid una vez á la semana sólo por presenciar aquel espectáculo, y regresaba á la ciudad francesa, como una flecha, sin saludar á sus amigos. Genio potente, mordaz, absoluto, ardiente en el calor de su vivísima inspiración, cubría en pocos instantes de figuras un lienzo ó una pared, dando las pinceladas de efecto, no ya con los pinceles, sino con cuanto le venía á mano; un baston, un trapo, una esponja, cualquier cosa; cuando retrataba la cara de un personaje odiado, le insultaba, y pintaba cuadros como habría luchado en un combate. Dibujaba con sin igual maestría y era colorista original y potente que creó una pintura inimitable de sombras pavorosas, de luces desconocidas, de figuras descompuestas, pero reales. Era gran maestro en la expresión de todos los afectos terribles: la ira, el odio, la desesperación, la rabia san-

griente; pintor atlético, batallador, incansable, naturalista como Velazquez, fantástico como Hogart, enérgico como Rembrandt, era el último rayo color de sangre despedido por el genio español. Hay muchos cuadros de Goya en el Museo de Madrid; uno de ellos, muy grande, representa toda la familia de Carlos IV; pero donde puso su alma fué en *Los soldados franceses fusilando españoles el día 2 de Mayo* y en *la Lucha del pueblo de Madrid contra los mamelucos de Napoleon I*, cuyas figuras son de tamaño natural: dos cuadros que causan horror. Es imposible imaginar nada más terrible, ni dar á la tiranía forma más execrable, á la desesperación aspecto más espantoso y al furor de la muchedumbre expresión más feroz. En el primero, un cielo oscuro, la luz de una linterna, un lago de sangre, un monton de cadáveres, una turba de condenados á muerte, una hilera de soldados franceses en el acto de hacer fuego; en el otro, caballos muertos, ginetes desmontados, pisoteados, heridos. ¡Qué figuras! ¡qué actitudes! Parece que se oyen los gritos y se ve correr la sangre. La verdadera escena no podría causar más horror. Goya pintó seguramente aquellos cuadros con los ojos fuera de sus órbitas, con la espuma en la boca, con la furia de un loco. Es el último grado que puede alcanzar la pintura antes de llegar á la acción: pasado aquel grado, se tiran los pinceles y se coje el puñal. Para hacer algo más terrible que aquellos cuadros, es necesario matar; despues de aquellos colores no queda más que la sangre.

De Ribera, que nosotros conocemos bajo el nombre

de *Spagnoletto*, hay tantos cuadros, que se podría formar un Museo. La mayor parte son figuras de Santos de tamaño natural: un *Martirio de San Bartolomé* con muchas figuras y un *Prometeo* colosal, encadenado á un peñasco. Otros cuadros del mismo autor se encuentran en otros Museos, en el Escorial, en las iglesias, pues fué un artista muy fecundo y trabajador, como casi todos los artistas españoles. —Contemplando uno de sus cuadros, se reconocen los demás á primera vista, sin necesidad de ser muy experto. Son viejos santos extenuados, con la cabeza descubierta, calva, cuyas venas pueden contarse una á una; los ojos hundidos, las mejillas descarnadas, la frente arrugada, el pecho tan enflaquecido que muestra todas las costillas; los brazos y las manos sólo tienen piel y huesos, cuerpos raquíticos, miserables, vestidos de harapos, amarillos con la palidez de la muerte, cubiertos de llagas sangrientas. Parecen cadáveres que acaban de salir de sus ataúdes, llevando marcadas en el rostro las huellas de todas las enfermedades, de todas las torturas, del hambre, del insomnio; figuras de mesa anatómica, en las cuales se pueden estudiar todos los secretos del organismo humano, admirables por la valentía del dibujo, por el vigor del colorido y por otras mil cualidades que dieron á Ribera la fama de pintor potente; pero el arte verdadero y grande ¡ah, no! no es aquel. En aquellos semblantes falta la luz celeste, aquel *inmortal rayo del alma* que revela en el sublime dolor la esperanza sublime, *la luz interna y los deseos inmensos*; aquella luz que aleja las miradas de las llagas para elevarlas al cielo, no el dolor brutal que cau-

sa repugnancia y horror, no el cansancio de los ojos y el presentimiento de la muerte, no la vida humana que huye sin un reflejo de la vida inmortal. No hay santo alguno de aquellos, cuya imágen se recuerde con placer; al mirarlos se siente frío en el corazón, pero el corazón no late. Ribera no amaba. Con todo, al recorrer las salas del Museo, por más que fuese muy vivo el sentimiento casi de repugnancia que me inspiraban muchos de aquellos cuadros, veíame obligado á mirarlos sin poder separar de ellos los ojos; tanta es la fuerza atractiva de lo real y verdadero, aunque sea desagradable... ¡Y son tan verdaderos los cuadros de Ribera!... Aquellas caras yo las reconocía, las había visto en los hospitales, en las salas mortuorias, junto á las puertas de las iglesias; caras de mendigos, de moribundos, de condenados á muerte, que de noche salen al encuentro, todavía hoy, en las calles desiertas, al pasar junto á un cementerio, al subir á oscuras una escalera desconocida. Hay algunos que no pueden mirarse: un eremita, desnudo, tendido en el suelo, que parece un esqueleto con la piel; un viejo santo, al cual la consumida carne da las apariencias de un cuerpo desollado; el Prometeo con las entrañas fuera del pecho... A Ribera le gustaba la sangre, los miembros lacerados, el estrago; debía gozar al representar dolores; debía creer seguramente en un infierno más terrible que el soñado por el Dante y en un Dios más implacable que el de Felipe II: en el Museo de Madrid representa el terror religioso, la vejez, los sufrimientos, la muerte.